

«NOSCE TE IPSUM.»

Constantemente viene persiguiendo el hombre la contradicción, que encuentra entre lo ideal y la realidad, y hay con amargura que confesar que no ha aplicado todo su ánimo y saber al conocimiento de sí mismo, para dar una dirección firme y racional á la vida, que le aparte en la moral de las corrientes que le llevan al goce del sentido, y en la política del partido de los hábiles y de los escépticos, que jamás obran según principios eternos de razón y de derecho. Ensimismado unas veces en la contemplación de su espíritu, solo á él ha convertido todos sus fines humanos. Entretenido otras en el análisis de su cuerpo, no ha tenido conciencia para su alma, y escuelas diversas y opuestas han sostenido contumaz debate en perjuicio siempre de la unidad y dignidad humanas. Después de tantos siglos de peregrinación y trabajo constante, de tantas lágrimas y de tanta sangre derramadas, podríamos escribir todavía en el pórtico de nuestros liceos el *NOSCE TE IPSUM* de los antiguos; porque la perversidad de los soberbios ha puesto siempre por propia utilidad grandes obstáculos al bien humano.

Que puede el hombre, sin soberbia, elevarse á mas altura y mejorarse *infinitamente* dentro de su límite, lo dice la razón humana y lo enseña la experiencia de todos los siglos.

Que hay oposición tenaz á su mejoramiento de parte de los egoistas, que creen su patrimonio la tierra, el cielo y hasta la humana conciencia, á voz en grito lo dicen, su desesperación y sus vanos esfuerzos; bien claro lo repite el eco de la Historia.

Ayudar los esfuerzos humanos á realizar progresivamente su

ideal, borrando esa contradicción que con la realidad ofrece; remover los obstáculos que ha ello se opongan, es tarea fácil de pensar, no difícil de ejecutar, pero dificultosa de conseguir: que los malos hábitos, que malas pasiones alimentan, son siempre mas poderosos que la buena voluntad.

Ni la índole de este periódico se presta á largas y penosas elucubraciones, ni á tanto alcanzan nuestras fuerzas. Con nuestra mirada fija en el epígrafe que encabeza este artículo, haremos algunas provechosas reflexiones, que solo el deseo de hacer el bien nos aconseja.

I.

Aunque este siglo en que vivimos no tuviese otra grandeza que el amor á la verdad, con que levanta todo lo caído, con que recoge tantas ruinas, dadas al olvido por la ignorancia de nuestros abuelos, sería blason bastante para ennoblecerle á los ojos de la posteridad sobre los que le precedieron.

El siglo diez y nueve, siendo humano con todas las antiguas grandezas, las ha removido solo para sepultarlas en mas respetado lugar, y ha levantado lo que debe vivir siempre, la personalidad humana. Esto es lo que aprende la conciencia, cuando la razon es imparcial en sus investigaciones, y esto lo que confesamos, como cariñosos hijos de nuestro siglo.

Nuestro siglo vuelve respetuosamente sus ojos hacia las antiguas castas, contempla con agrado el naturalismo griego, admira el espiritualismo de la edad media y trata de formar con esas humanas ruinas la realidad en que encarne el ideal humano.

En esta difícil tarea, que necesita quizá la elaboracion de muchos siglos, surgen errores y doctrinas trascendentales, que asustan a los espíritus débiles, que maldicen los soberbios. La ciencia presenta hipótesis y busca en su apoyo verdades; entre la fé y la razon surgen nuevos conflictos y mientras los creyentes y los sabios se maldicen, la verdad triunfa, el vencido calla y no se enmienda, pero los espíritus se toleran y reconcilian.

Meditad algunos instantes sin pasion sobre esas verdades que la superficie de nuestro siglo refleja y comprendereis cómo vá conociendose el hombre; pero meditad tambien como en el camino de su perfeccionamiento tropieza á cada paso con graves y penosos obstáculos, que le detienen y retardan en el bien, y no extrañareis entonces la imperfeccion de su conocimiento.

La ley de la contradicción, que es ley de la vida, ha dividido desde los tiempos mas remotos á sus dos maestras, la ciencia y la fé, sembrando la enemiga entre los hombres.

Movidas las mas veces por el interés de secta ó por la so-

berbia de escuela, sin tener para nada en cuenta el fin universal humano, convirtiendo en la antigüedad al hombre en ciego instrumento ó partidario fanático de sus errores, ni conseguir otra cosa que estorbar la obra de Dios, amortiguando los impulsos de la humanidad hacia su ideal.

Para conocer el hombre su origen divino, para comprender la sublimidad de su destino y su infinito término, que veía en su propia conciencia, ha tenido que soportar muchos siglos de contradicción y de amargura. La fé y la ciencia aunadas en aquellos antiguos pueblos, le rebajaron à la condicion de la bestia, le habituaron à vivir con el irracional, à ser paria, à ser esclavo; y cuando aún à costa de su vida compraba su derecho y le escribía en el código de sus señores, bien pronto le hacían borrarlo con sus lágrimas y con su sangre.

Yo no maldigo ni aquellos siglos ni aquellos hombres; cada tiempo tiene sus achaques. Mirando desde esta altura, veo los afanes de la humanidad y bendigo su trabajo.

La fé y la ciencia no pudieron vivir ya juntas. Habían llevado à aquellas sociedades à su ruina. Absorbida la personalidad humana por lo misterioso y divino, desaparecía en lo infinito. Los esfuerzos de los menos fueron vanos ante la corrupcion de los mas, que sectarios unos y filósofos otros, se disputaban el privilegio de la verdad y el dominio del mundo; y como las lágrimas y la sangre humana, derramadas por el bien y la justicia, jamás son infructuosas, vinieron à resucitar à aquellos moribundos otros pueblos, otra fé y otro derecho.

Oculto el ideal humano en la naturaleza de los pueblos orientales, solo se manifestaba en la fatalidad del instinto. Su ciencia, poco reflexiva, agoviada por el sentimiento religioso, fué mística y simbólica. El arte no tuvo inspiracion bastante para modelar la inmensidad de aquella materia; y la religion, divina en su origen, y el derecho, de origen humano y progresivo por tanto, unidos indisolublemente, inmovilizaron aquellas sociedades, para no sentir más que en su instinto el ideal de la humanidad.

Una idea resalta culminantemente entre las confusiones de aquellos tiempos: lo *finito* absorbido siempre por lo *infinito*; y à remover ese obstáculo poderoso viene Grecia.

La poesia griega forma en el cielo una sociedad como la de los hombres. Las religiones de Oriente (escepto la de Moisés) simbolizaron las fuerzas y fenómenos naturales en el *Fetichismo*, la *astrolatría* ó la *zoolatría*, anonadando al hombre. Grecia las convierte en una religion humana, haciendo à los dioses semejantes al hombre; porque presintió el genio griego que lo divino es más puro y verdadero, concebido bajo la forma humana.

La ciencia avanzó algo más; los libros sacerdotales de la India, la raza privilegiada de los Brahamanes, à la que debieran so-

meter su razón los sábios, no ejercían allí su influjo, y fué libre el espíritu para entregarse á las especulaciones de la filosofía. Esta toma unas veces á la naturaleza y á los sentidos como base de sus investigaciones; otras se apoya en la unidad, en lo permanente; se hace humana con Sócrates, como se había hecho divina con Platon; y aun aparece un genio vasto, inmenso como el mundo, que contempla, que recoge las ideas platónicas y quiere hacerlas reales en el hombre, no solo en el conocer sino en el obrar. Mas el pueblo griego, que vive solo con la poesía y con la idea, no sabe salvar ese gran obstáculo.

Estaban todavía lejos los tiempos que presintió Aristóteles. Han de venir nuevas sociedades que heredarán los vicios de sus padres; nuevas generaciones de esclavos que se sacrificarán á un antojo de su señor; llegarán los asesinatos de Sila, y el Circo Romano.....

¡Ah! Cuando ha pasado el espíritu, aunque ligeramente, por delante de aquellas razas privilegiadas y de sudras, y ha contemplado á los jóvenes espartanos cazar á los pobres lacedemonios para entretener su ocio; cuando en la persecucion del ideal humano, vé cómo se elaboran en Oriente aquellos elementos sociales, con que el pueblo griego, sublime en su ciencia, aunque torpe y grosero en su religion, pero racional dentro de la ley del progreso, forma grandes sociedades con el apoyo de sus héroes, de sus divinos poetas y de sus legisladores; cuando agoviada el alma por aquel inmenso trabajo, que contempla en la elaboracion del progreso, detiene fatigada su vuelo rápido y vá á posarse sobre las ruinas romanas, desesperaría de la Providencia y de la libertad, si sobre aquel mar de inmundicias, no viese sobrenadar el Código Romano, y sobre aquel calvario de sufrimiento, levantarse teñida de sangre la Cruz de Cristo. Entónces bendice á Dios, presintiendo que el Ideal humano ha de realizarse en los tiempos futuros. ¡Bienaventurados los que pnedan conocerlo! ¡Felices los que lo disfruten! ¡Más felices todavía los que lo practiquen!

F. MIRAS.

(Se continuará)



ORIENTAL.**(DE UN DRAMA INÉDITO)**

Cansada ya la noche de errar por el espacio,
Permite que luz ténue de aurora matinal
Alumbra vaga, incierta, en árabe palacio
Un régio gabinete, magnífico, oriental.

Decoran las paredes tapiz de azul y plata,
El suelo cubre alfombra de idéntico color,
Bellísimos paisajes la bóveda retrata
En góticos relieves de gusto y de valor.

Perfumes de la Arabia en áures pebeteros
Fragante niebla forman, fantástica, sutil:
Jarrones de la China ostentan altaneros
Las flores más preciadas del cármén de Boabdil.

Y en muelles almohadones de pluma y terciopelo
Se mira reclinada la reina del haren,
Vestida con descuido, echado atrás el velo,
Llorosa y abatida, la mano en una sien.

Más negra que la noche su negra cabellera
Sedosa, ensortijada con gracia sin igual,
Con tez de nieve y rosa contrasta de manera,
Que forma un todo bello, sublime, original.

Su frente es tersa y pura, sus cejas arqueadas,
Sus labios finos tienen el rojo del clavel,
Estrellas son sus ojos, de fuego sus miradas,
Sus formas cual no traza artístico pincel.

Pesar sin duda acerbo á intervalos agita
Su seno delicado, turgente, incitador,
Y así lanza sus quejas, lamenta así su cuita
Con voz entrecortada por ayes de dolor.

«¡Maldiga Alá hasta el aura que aspira el nazareno,
Que así de la sultana se burla sin piedad!
¡Que encuentre su camino de abrojos siempre lleno!
¡Que vague siempre envuelto en negra oscuridad!

La copa del tormento apure hasta las heces,
Que causa de los celos el loco frenesí!
¡Maldito el nazareno! ¡Maldita yo mil veces,
Que siendo aquí la reina, su esclava me hice así!

Eterna fé jurando, falaz me prometía
 Que, al punto que obtuviera la ansiada libertad,
 Intrépido á su pàtria conmigo volaría.
 ¿Porqué así me engañaba con bàrbara crueldad?

Ya libre de cadenas, quizás entre los brazos
 De lùbrica cristiana, sonrie de placer:
 ¡Alá, vivir no puedo, haced mi alma pedazos
 Y acàbe con la muerte tan fiero padecer!»

Así dijo la reina, y loca y delirante,
 Cual ùnica esperanza la muerte acarició,
 Y al fin enrojando la fiebre su semblante,
 Los pàrpados á un sueño letàrgico cerró.

M. M.

EL TESORO DE LOS MERUANES.

(CONCLUSION.)

Horrorosa fué la noche, que el noble y poderoso emir de Baza Nazar-ebn-Husseim-ebn-Jusuf, pasó aherreojado en una obscura mazmorra y en íntima compañía con las ratas, cucarachas, y demás animales inmundos, propios de esos lugares subterráneos, que se atrevieron à profanar la persona de tan magnífico señor, con repetidos paseos por encima de él, gracias á la impunidad que les daban las ligaduras que sujetaban sus movimientos.

A pesar del gran cansancio que experimentaba, no pudo cerrar los ojos, y cuanto más tiempo pasaba, más negros augurios hacía acerca de su ulterior destino, no atreviéndose ya á pensar en una venganza, á su parecer, imposible. Esto no fué obstáculo para que, exasperado, prorrumpiera en la mas variada série de imprecaciones, que labios humanos hasta entonces exhalaban.

Vino á cortar este desahogo, un estrepitoso ruido de llaves y cerrojos en la puerta del calabozo: abrióse, y el lóbrego recinto se iluminó con la débil luz de una linterna, dejando ver á varios guerreros bien armados, y con ellos dos hercúleos esclavos negros, los cuales se apoderaron sin ceremonias ni contemplaciones

del cada vez mas despavorido emir, y despues de vendarle los ojos, lo condujeron unos breves instantes, dejandole despues en el suelo sobre una mullida alfombra.

Algo tranquilizó al buen Nazar el perfumado ambiente, que con avidez aspiraba, comprendiendo, que habia salido del nau-seahundo sótano, tal vez para mejorar de suerte; y mas aun se afirmó en este pensamiento, al oír una voz dulce y suave, que le rogaba no hiciera el menor esfuerzo para destaparse los ojos despues que lo soltára, hasta oír pronunciar su nombre. Así lo prometió y en un momento se encontró libre de sus ligaduras, y poco despues sonó la ansiada señal.

Con rápido movimiento arrancóse la venda y se halló en un maravilloso camarín esplendidamente adornado; los más ricos tapices, las más ricas alfombras, los más ricos pebeteros, todo lo mas rico se encontraba en aquella estancia. Y sentada en un divan, vestida con una sencilla túnica de seda blanca, sujeta á la cintura por un schal de brillantes colores, el cabello cayendo sobre los hombros en rizada madeja de oro, los azules ojos fijos en el suelo, y los labios de coral entreabiertos por dulce sonrisa, hallabase una mujer, la más hermosa que en su vida había visto.

—¡Alá y Mahoma! ¿dónde me encuentro? ¿Es éste el Edem prometido á los creyentes? fueron sus primeras palabras.

—No poderoso señor, dijo ella con, aquel dulce acento, que ya conocía Nazar; estais aun afortunadamente en la tierra. Os hallais en el castillo de mi hermano el bravo Ahmed-ebn-Gehaf, el tigre de los combates, que harto se alegraría de ver honrada su morada por el soberbio leon de las batallas, por el valeroso caudillo, el nunca vencido Nazar-ebn-Hussein-ebn-Jussuf (Alá le guarde) que une á su valor su prudencia y su sabiduría. Desgracia es, que mi hermano se halle en el auxilio del valiente walí Yussuf el Ferih.

Asombrado estaba el buen caudillo oyendo un discurso tan extraño y tan no esperado; crecióle el elogio que de él se hizo, sin meterse á averiguar si era justo; pero las últimas palabras turbaron hondamente su ánimo. Aquel Yussuf el Ferih volvía á presentarse ante su camino: él, que tenía orden de combatirlo y que ya lo había hecho, muy á satisfaccion sin duda del rebelde, segun el destrozo que en las gentes de Baza hiciera; él, que tan terriblemente habia castigado á aquel judío emisario sin duda de su enemigo, veíase en un castillo que, adicto su dueño á el Ferih, podía ser elegido por este como residencia y entonces estaba perdido.

—Emir—esclamó ella, viendole sumido en sus meditaciones—¿acaso teneis sentimiento al no encontrar aqui á mi hermano? Es muy justo: sin embargo, tal vez no se haga esperar mucho Ahmed, pues se dirige en esta direccion el Ferih, segun ha dicho su confidente el judío Jeremías que se halla aquí.

—¡Jeremias! dijo con espantado acento el aun mas espantado Nazar, recordando los treinta azotes que con tanta resignacion sufriera el judío, administrados por su orden.

—¿Qué teneis, poderoso señor?-dijo ella con acento intencionado; —sin duda deseais ver al instante al confidente de nuestro walí.

—No, no—dijo apresuradamente Nazar—acaso estará descansando, ó en consejo y yo reprimiré mi natural impaciencia por verle.

—¡Oh noble emir! vuestra impaciencia es justa y por lo tanto vendrá al instante á ponerse á vuestras órdenes.

El terror de Nazar había llegado á su colmo, aunque no se explicaba cómo ni porqué causa, era considerado como amigo en aquella casa; pero la presencia de Jeremias iba á dejar las cosas en su verdadero lugar, y la venganza de los azotes no se iba á hacer esperar. Así es, que cuando aquella *huri* adelantó el brazo y tocó un timbre, creyendo él ya ver aparecer el fatídico y amenazador rostro que temía, cayó desplomado sobre un almohadon y quedó casi sin sentido.

Alzòse un tapiz y apareció una preciosa jovencita, vestida con sencillez que realzaba su hermosura.

—Llamais, uoble Zoraya, dijo.

—Sí Fatimah; haced pasar al judío, dijo sin advertir el movimiento galvánico que experimentó el emir.

—Señora, acaba de montar á caballo y salir á galope en direccion á las montañas.

Un prolongado y ruidoso suspiro se escapó del pecho de Nazar, que sintió cómo se dilataba su corazon. Tranquilizòse un poco y pudo alzar la vista para fijarla en la nueva interlocutora á quien aun no había visto.

—Decididamente, pensó, en este castillo han fijado su residencia las huries, y sinó fuera por Ahmed, y por Jeremias, y por Yussuf el Ferih, gracias podía dar al profeta por haberme traído á esta mansion, aunque en verdad no me esplico lo que sucede.

—Fatimah, dijo Zoraya, para distraer al noble señor de Baza, al insigne campeón del Islam, mientras no vienen nuestros guerreros, tañe la guzla y entona la cancion del *Tesoro de los Meruanes*.

La pequeña Fatimah se inclinó y saliendo un breve momento, volvió á entrar con una guzla de delicadas labores y sentandose al lado de Zoraya comenzó á preludiar.

De sorpresa en sorpresa caminaba el excelso emir Nazar-ebn-Husseim, y no pudo evitar un codicioso movimiento de atencion al oír nombrar el Tesoro de los Meruanes.

Fatimah, con una voz melodiosa y suave, cantò:

«El califa Meruan habló: una muger buena, sumisa y religiosa
«hará al hombre más pobre igual á un rey.»

«Cuando una muger hermana la hermosura con la virtud, su
«esposo disfruta al mirarla, de la felicidad del paraiso.»

«Si tienes la fortuna de estrechar en tu seno á una amiga, cuya union nada altere, puedes tocar cinco veces los clarines á tus puertas.»

«Cuando el pesar te agovie de dia, la noche te volverá la felicidad en tu esposa.»

«Sigue mis máximas, que una buena muger es el mejor tesoro, que se puede hallar.»

Harto descontento quedó Nazar al concluir la cancion Fatimah, y al saber que el tan decantado tesoro era una muger. El, que en el mismo dia de recibir á Halima en su compañía, antes de dirigirle la menor palabra y la menor caricia, habiase separado de ella, dando crédito al judío para buscar el apetecido tesoro, sufría una amarga decepcion, pues en verdad en su idea no merecía una muger que se la buscase tanto. Halima, abandonada por él tan pronto, lo probaba.

La voz de Zoraya, vino otra vez á sacarle de sus pensamientos, diciendole:

—Parece que no os ha agradado Fatimah; y en verdad, que no ha procurado esmerarse en el canto. Voy á mandar darla treinta azotes en castigo.

Nuevo estremecimiento circuló por el cuerpo del emir, que exclamó apresuradamente:

—No, no, nada de castigo: no canta el ruiseñor en el bosque, ni es tan dulce el susurro de la brisa entre las hojas, como el suave acento de la hermosa Fatimah.

—Bien me agrada vuestro elogio, pero ya veis; no le habeis dado el parabien, ni una fineza como es costumbre.

—En cuanto el parabien, estaba tan extasiado que no encontraba palabras, que espresáran lo que sentía: y en cuanto á la fineza, bien lo veis, nada poseo, mis vestidos están desgarrados por los aceros enemigos y mi sable... mi sable, añadió bajando algo la voz, quedó clavado en el pecho de uno de los caudillos de mis contrarios.

—¡Ah! noble emir y valeroso guerrero: bien se vé adonde os lleva vuestro ímpetu arrogante; dijo Zoraya con dudosa entonacion, mientras la pequeña Fatimah reia á hurtadillas.

—Así es, prosiguió Nazar, que nada tengo que ofrecer ahora: pida Fatimah lo que desee, y Eblis sea conmigo si no lo obtiene.

—Solo pido, dijo la jovencita, que admitais de mis manos un hermoso sable, puesto que el vuestro lo perdisteis combatiendo como bueno.

Fatimah salió y Zoraya preguntó al emir, cuáles eran sus pensamientos.

—En verdad, bella señora, dijo él, que me ha contrariado algo la cancion del Tesoro de los Meruanes. Yo, creido que era de oro y piedras preciosas, lo he buscado activamente, pero ya veo que es un tesoro que se encuentra á cada paso.

—A cada paso! ¿Creéis por ventura, que es tan fácil encontrar la mujer que ha de llevar la paz y la dicha á su esposo?

—No es fácil y bien lo he visto con la perjura Halima, que aun no se ha desposado conmigo, cuando ha huido con su amante.

—Sin duda alguna que la habrán tenido que arrancar de vuestros brazos, ó tal vez habrá burlado vuestro sueño.

—No, pues en el mismo dia hube de salir á buscar ese tesoro, y despues un despacho del califa me hizo no detenerme en mi alcázar, y entonces fué cuando huyó.

—Una buena mujer es un tesoro y es muy difícil encontrar otro igual y vos la abandonais para buscar una ilusion tal vez: ¿es que no la amais? Entonces no podeis quejaros.

—Bella es Halima, es cierto, pero Halima quedaba en mi palacio y allí la encontraria y el tesoro podia desaparecer.

—¿Vale para vos mas el oro que una mujer?

Antes que Nazar contestara, entró Fatimah y le entregó un sable, que él reconoció por el suyo al instante, quedando algo desconcertado.

—Tomad, noble emir, dijo ella, y haced con él, el mismo valiente uso que hicisteis con el vuestro.

—Fatimah, dijo Nazar con forzada arrogancia, nunca saldrá de la vaina, que no quede vencedor: este acero será el terror de mis enemigos y á su vista sola huirán amedrantados.

Una carcajada estridente y sarcástica llenó los ámbitos de la estancia, haciendo estremecer al emir; y corriendose un tapiz, que cubria parte del muro, dejó ver una puerta, y en ella, primeramente la figura del judio Jeremias, y despues las de Adhel y Halima, formando un fatídico cuadro, que heló la sangre en las venas de Nazar y le hizo retroceder aterrorizado. El sable, aun envainado, habia caido á sus piés.

El judio adelantó dos pasos lentamente, y Nazar retrocedió otros dos. Zoraya y Fatimah procuraban ahogar su risa.

—Oyeme, Nazar, dijo Jeremias con tranquila voz, que hizo estremecer á aquel aun mas que la cólera; te prometí un tesoro y he visto nuevamente que eres indigno de él. Yo te saqué de tu alcázar el dia de tu boda; yo escribí á Adhel un pergamino diciendole, que robára á Halima, pues tú la querias matar: y creyendo en la bondad de que tanto habias blasonado para con el padre de Halima, dejé que me ataran tus esclavos. Todo esto lo hice porque yo amaba á Halima y ella me amaba y quería probar á su familia, antes que fuera tu esposa, que eras indigno de ella, pues en tí no hay amor, no hay valor ni hay bondad: porque tú no eres digno de poseer el tesoro de los Meruanes, ese mismo que ibas á buscar fuera de tu alcázar, sin saber ¡insensato! que lo tenias dentro de él, pues ese tesoro es Halima, de la sangre real de nuestros califas.

Me has mandado azotar (aquí tembló terriblemente Nazar) y he sufrido tal afrenta y juré terrible venganza, porque te creí hombre: despues he visto que ni aun mujer eres, pues la mujer no tiembla, como tú estás temblando. He conseguido mi objeto y soy dichoso: Halima es ya mi esposa.

—La esposa de un judio, rugió Nazar.

—No, la esposa de un judio, no: la esposa del noble Jussuf el Ferih.

Los dientes del emir castañetearon de una manera espantosa y medio murmuró.

—La adúltera.....

—Por Alá! exclamó Jussuf, ¿estás loco ó eres un insensato? No profanes así la honra de Halima; Adhel es su hermano.

—Su hermano, dijo Nazar y cayó sin conocimiento. ¡Tán fuertes habian sido sus emociones!

Cuando volvió en sí fué puesto en libertad por órden de Jussuf, quien mandó le volviesen su caballo y partió à la carrera en direccion à Baza, jurando tomar una sangrienta venganza.

Al anocheceer llegó à la ciudad, encontrando sus puertas cerradas; llamó y acudieron à la muralla los jeques mas ancianos, diciendole que à causa de su cobardia habia sido depuesto y el nuevo emir tomaba partido por Jussuf el Ferih: que si queria conservar la vida, que huyera.

El emir en el colmo de la desesperacion huyó y vagó errante por los campos, hasta que al tercer dia, rendidos caballo y caballero, cayeron para no levantarse mas.

Así concluyó su vida Nazar-ebn-Husseim-ebn-Jussuf, emir de Baza, quien ni siquiera tuvo el consuelo, de saber la derrota y muerte de su rival, ocurrida poco tiempo despues, en tierras de Tadmir y en los campos de Lorca.

Así tambien termina el manuscrito árabe al parecer, aunque es de presumir lo escribiera algun cristiano, à juzgar por el estilo, de donde están sacados estos apuntes. Vale.

C. BARBERÁN RODRIGO.



EL ESPOSO CATÓLICO.

Fidelidad, cariño, consecuencia,
 Derechos y deberes invocamos;
 A menudo los nuestros olvidamos
 Los suyos exigiendo á la muger:
 Sofocando la voz de la conciencia
 «-¡Soy el jefe!-» soberbios repetimos:
 Si frágiles nosotros delinquimos,
 ¿Con qué razon hablamos del deber...?

Un lazo voluntario se contrae
 Y el hombre en espontáneo sentimiento
 Lo sella con la fé de un juramento,
 Del Eterno postrado ante el altar.
 La esposa le acaricia, se le atrae,
 Formando los encantos de la vida:
 ¡Desdichado, infeliz, del que lo olvida
 Y mancha la pureza del hogar!

El Esposo Católico es el guia
 Que con mano firmísima y certera
 Conduce de su tierna compañera
 El paso de la débil juventud;
 Que secunda la paz y la armonía
 Que reina en el hogar, de dichas templo;
 Que modelo ejemplar, sigue el ejemplo
 De una esposa que siembra la virtud.

Fidelidad, cariño, consecuencia,
 Sin ejercer la odiosa dictadura:
 Aquí está compendiada la ventura,
 La dicha de que el hombre corre en pos.
 Es la tranquilidad de la existencia:
 De una ley celestial preceptos fijos;
 La educacion cristiana de los hijos,
 La codiciada bendicion de Dios.

J. M. PUCHS.

ES LA EXISTENCIA DOLOR.

I.

En un jardín delicioso,
Dó esparcen gratos olores
Frescas y lozanas flores
De diferente color,
Saltando de gozo un niño
Y de una en otra corriendo,
A su placer vá escojiendo
Las de hermosura mayor.
Mas ¡ay! que el niño padece,
Porque de espinas cercada
Vé la flor que más le agrada
Y no la puede alcanzar:
Y en su corazón sencillo
Siente por la vez primera
De la vida en la carrera
Las espinas del pesar.

II.

En un festin, donde alegre
Se desliza nuestra vida
Y todo al hombre convida
Con la copa del placer,
Un jóven de faz risueña,
En medio de la algazara
Y entre bellas mil, no para
De brindar y de beber:
Y su espíritu entre tanto
La tranquilidad no alcanza,
Pues amor sin esperanza
Atormentale roedor.
Funestá pasion, que oculta
A la presencia del mundo,
Y del pecho en lo profundo
Aprisiona su dolor.

III.

Allá en un ameno prado,
 Que cubre enramada espesa
 Y de escucharse no cesa
 El canto del ruiseñor,
 Un bien apuesto mancebo
 De forma gentil y airosa
 Vá con su querida esposa,
 Forjando sueños de amor:

Mas no es de envidiar su gozo,
 Que esconde pesar interno,
 Pues de celos un infierno
 Latente en su pecho está:
 Porque al mirar tanta dicha,
 La juzga sueño y engaño
 Y un horrible desengaño
 Piensa la arrebatará.

IV.

Un anciano, que afanoso
 Al templo lleva á sus hijos,
 Y hace que en Dios siempre fijos,
 Caminen del bien en pos:
 Que vé con triste sonrisa
 A su lado la inocencia
 Y aspira la pura esencia
 Que guarda en los niños Dios;
 Sufre amarga desventura,
 Viendo acercarse la muerte,
 Antes que pueda la suerte
 Con ellos mostrarse fiel:
 Y al contemplarlos alegres,
 Gallardos, buenos y hermosos,
 Duda, si serán dichosos,
 Cuando se queden sin él.

*¡Triste condicion humana,
 Que en la puerta de este infierno
 Vé grabado el lema eterno:
 ES LA EXISTENCIA DOLOR!
 Pero los que entráis por ella
 No abandonéis la esperanza,
 Pues lo que el mundo no alcanza
 Lo dá la fé y el amor.*

ALEJANDRO G. VISO.

BIBLIOGRAFIA.

LAS MÁQUINAS DE COSER, pieza dramática en un acto y en verso, por Ceferino Tresserra.==

Es el presente siglo el siglo de los anuncios y de la publicidad, pero hasta ahora, que sepamos, á nadie en España se le habia ocurrido anunciar los productos de su industria por medio del teatro, encargando á un autor dramático la confeccion de una obrita, que á la vez que entretenga y agrade por su mérito literario, sea una exhibicion fastuosa y oportuna de su taller industrial. El Sr. Domenech y Nadal, fabricante de Barcelona y dueño del gran depósito de máquinas de coser establecido en la calle Ancha, núm. 21, ha obrado esta maravilla, estrenándose con muy buen éxito la comedia que anunciamos en el teatro del Buen Retiro de aquella capital, donde al terminar la representacion se exhibieron dos magnificas decoraciones; la primera representando la fachada de la fábrica del Sr. Nadal, y una apoteosis brillante la segunda, de la industria que motivaba tan original representacion. Por lo demás, el Sr. Tresserra es un apreciable autor, ya conocido por otros trabajos, y su obrita está bien versificada y sostenido el interés de su argumento. El Sr. Domenech y Nadal ha comprado la propiedad de la obra; y nosotros le deseamos que este singular medio de publicidad le dé el resultado que merece su utilísima industria.

DISCURSO CONTRA EL ART. 6.º DEL DICTÁMEN DE LA COMISION DE PRESUPUESTOS REFERENTE AL DE INGRESOS, PARA EL AÑO ECONÓMICO DE 1876-77, pronunciado por D. Pedro Bosch y Labrús en la sesion celebrada por el Congreso de los diputados el dia 4 de Julio de 1876==

Conocido es en toda España el nombre del ilustrado autor de este trabajo, por el afan y celo que demuestra en todo cuanto se relaciona con los intereses de las clases productoras. Primero en la prensa, despues como presidente del *Fomento de la produccion nacional*, de Barcelona, é individuo de otras muchas sociedades análogas, y por último en la tribuna parlamentaria, siempre que se ha tratado de cualquier asunto, que tienda á aumentar la riqueza pública ó á mejorar las condiciones de los contribuyentes, se ha levantado con enérgica elocuencia la voz del señor Bosch y Labrús. Las discusiones económicas y los estudios sobre Hacienda, mirados con desden por muchos y por pocos bien entendidos, han sido objeto constante de sus investigaciones, pre-

miadas no pocas veces con la indiferencia ó el desden de los ignorantes ó presuntuosos, pero sostenidas siempre por la más incansable actividad y el más noble deseo de hacer el bien. El presente discurso, pronunciado con motivo de la discusión en la Cámara popular del presupuesto de ingresos, revela este mismo interés por los esquilmados contribuyentes, indica acertadamente los medios para aumentar la producción y los rendimientos al Estado sin hacer excesivas las cargas públicas, cuyo peso agoviando à los pobres productores, hace languidecer el trabajo y disminuir la riqueza: hace notar la desproporción enorme, que acusa el aumento siempre creciente de la contribución territorial, sin que esto responda à un aumento proporcional del bienestar de los pueblos, de su producción y trabajo; se detiene en consideraciones muy juiciosas sobre los impuestos que se proyectaban, sobre la contribución industrial, sobre la renta de aduanas y otras cuestiones relacionadas con el asunto que le ocupa, llenando todo el discurso de observaciones muy dignas de tenerse en cuenta, pues padecen lamentable ilusión los que juzgan que puede salvarse el estado de nuestra hacienda con incessantes gravámenes, porque mientras la miseria, y el continuado apuro, que seca todas las fuentes productoras, hagan difícil la vida de los pueblos, la Hacienda será forzosamente reflejo de esta penosa situación. Discutidos y aprobados ya los presupuestos, ocioso sería entrar en otro género de reflexiones; pero apesar de esto, el discurso del Sr. Bosch y Labrús no ha perdido ni perderà nunca su oportunidad, y recomendamos eficazmente su atenta lectura y meditación.

(Se continuará)

A. G
